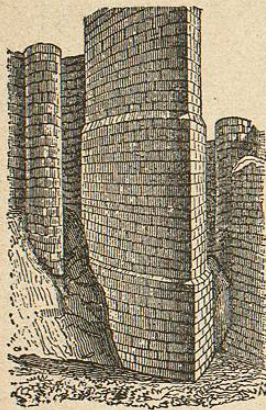


tania que someta á la justicia real sus diferencias con Raimundo: al mismo tiempo denuncia á Enrique II la conducta de su hijo y exige una reparación. El rey de Inglaterra desapruueba á Ricardo y le ordena, por dos veces, que vuelva á entrar en la Aquitania; Ricardo, desobedeciendo á su padre y al rey de Francia, continúa apoderándose de los castillos del Langüedoc. Y entonces el rey de Francia,



Torreón del castillo de Loches

sin declaración de guerra, sin aviso preventivo, marcha sobre Châteauroux y se hace dueño de él. Desde aquí toma rápidamente Busançai, Argentón y Levrour. En pocos días se hace dueño de todo el Berri y de las cercanías de Turena. Unicamente Loches, con su torreón formidable, continuaba en esta parte bajo el poder de Enrique V (junio de 1188).

La obstinación de éste por la paz era tan grande, que mientras Felipe Augusto le tomaba sus ciudades, Enrique le enviaba sus embajadores. «El rey de Francia, dice un cronista inglés, rugiendo como un león, hacía burla de los mensajes del inglés.» Y la guerra volvió á comenzar en todos los puntos fronterizos de ambos reinos: el Vexin, el país de Dreux y de Vendome, el Berri y el Borboneado; en una palabra, de Gisors á Montluçon. Ni la indignación del papa y sus legados, ni las lamentaciones de sus clérigos, ni el descontento de los cruzados, que veían perdidos todos los preparativos hechos y empleados en guerras entre cristianos los dineros recogidos para la «cruzada saladina,» conmovieron á Felipe Augusto.

La guerra de 1188 duró de julio á octubre, parecida por lo demás á todas las anteriores. Los verdaderos incidentes militares son escasos: una tentativa inútil de Ricardo para recobrar Châteauroux y el Berri aquitano; Vendome tomada por Felipe Augusto y reconquistada por Ricardo; Dreux incendiada por el inglés, Troo por el francés, y Enrique II detenido frente á Mantes por la milicia de este municipio, renunciando á la idea de una marcha directa sobre París. En octubre las negociaciones se reanudaron. Después de la inútil entrevista de Chatillon-sur-Indre (7 octubre) se decidió una segunda conferencia para el 18 de diciembre en Bonmoulins en Normandía.

El rey de Francia, afortunado, sólo quería continuar la guerra. Pero el papa Clemente III y el legado Enrique de Albano, sabiendo que Saladino amenazaba Antioquía, excitaban cada vez más la opinión contra los dos reyes culpables de no emprender el camino de Jerusalén. Los grandes feudatarios franceses, aterrorizados quizá de los éxitos de Felipe Augusto, comenzaban á murmurar y á negarle sus servicios, si hemos de creer á la crónica inglesa de Peterborough. El conde de Flandes, el conde de Blois y los otros condes y señores del reino de Francia, contra cuya opinión había emprendido la guerra el rey Felipe, depusieron las armas, dicién-

do que no se servirían más de ellas contra cristianos hasta el día en que volvieran de la cruzada. Finalmente, Felipe no tenía dinero con que pagar á sus aventureros.

Los reyes se encontraron en Bonmoulins sobre el límite de Perche y la Normandía (18 de noviembre de 1188). El poeta narrador de la vida de Guillermo *el Mariscal* afirma que Ricardo llegó con Felipe. Enrique le dijo al verle: «¿De dónde venís, Ricardo?» y él respondió: «Señor, voluntariamente os lo diré, voluntariamente y como es.» El azar le había hecho topar con Felipe Augusto. No había querido que pareciese que le esquivaba, y en nombre de la concordia y de la paz le había acompañado hasta el lugar de la entrevista. «Bien está, Ricardo, si es como dices; pero yo no lo creo. Cuidad de que no haya en el fondo alguna traición.» Mientras tanto comienzan los parlamentos. Felipe toma aparte al rey de Inglaterra y le dice: «Os alabo y os aconsejo una tal cosa que no puede desagradaros y es bien hagáis. Vuestro hijo el conde de Poitiers es tenido por muy gentil hombre, pero tiene pocas tierras: os pido, pues, y quisiera que le otorgarais, además del Poitou, la Turena, Maine y Anjou, que bajo su mano estarán en gran seguridad.—¿Me lo aconsejáis así?, dice el rey Enrique.—Sí, verdaderamente.—Por vuestras palabras comprendo que queréis hacerle poderoso. Pero, si no me falta el juicio, no recibirá hoy ciertamente ese regalo.

Los cronistas ingleses confirman ese relato del poeta. La conferencia duró tres días. El tercero los parlamentarios estuvieron á punto de venir á las manos. ¿Qué había acontecido? Felipe Augusto quería lograr, no una paz definitiva, sino una simple tregua, y bajo dos condiciones todavía. El rey de Inglaterra procederá al matrimonio, tantas veces evadido, de Alix y Ricardo; reconocerá á su hijo mayor como heredero de sus Estados y le hará prestar juramento de fidelidad por los barones de Inglaterra y del continente. Esta última condición revelaba el acuerdo secreto de Ricardo y Felipe. Enrique II declara no poder satisfacer inmediatamente al deseo de su hijo; una tan grave medida no puede parecer efecto de una coacción, sino una decisión tomada con toda libertad.

Ricardo hasta entonces nada había dicho. Cuando hubo escuchado esta respuesta de Enrique II, se adelantó á su padre y le rogó que quisiera reconocerle delante de todos sus derechos de legítimo heredero. Y tratando Enrique de escapar con palabras vagas á esa pretensión demasiado directa: «Ahora veo, dijo Ricardo, la verdad de lo que no había osado creer.» Y volviendo la espalda á su padre se arrodilla con las manos juntas á los pies de Felipe Augusto, en la actitud del caballero que presta homenaje. Declárase en voz alta vasallo del rey de Francia por la Normandía, Poitou, Anjou, Maine, Berri y Toulousain, rogando á Felipe Augusto que



Estatua de la esposa del rey Felipe Augusto de Francia, existente en otro tiempo en el pórtico de Saint-Germain-l'Auxerrois de París.

le ayude á hacer valer sus derechos. Enrique II «hace algunos pasos atrás, dice Gervasio de Cantorbery, preguntando á qué podía obedecer ese cambio súbito, reflexionando en lo que antes había pasado, cuando su hijo Enrique *el Joven* se había aliado con Luis VII contra él, y considerando que se hallaba ahora en riesgo mucho más serio, por ser ese Felipe muy otro hombre que Luis VII.» Mientras tanto el círculo de reyes y altos barones delante de los cuales se había desarrollado esta escena, se había roto, y la turba de caballeros se precipitaba de todas partes para averiguar lo que había sucedido. Enrique II se retiró solo. Ricardo partió con Felipe Augusto, á quien ya no debía abandonar hasta la muerte de su padre.

### III.—Rota y muerte de Enrique II (1)

Por su alianza con Ricardo, Felipe había doblado sus fuerzas y dividido la monarquía angevina. La rebeldía del hijo de Enrique II arrastró la insurrección franca de toda la Bretaña. La mayor parte de los barones de Anjou, Maine, Vendomois y Berri aquitano abandonaron uno tras otro al viejo rey para prestar homenaje á los dos jóvenes. Y quiso el azar que Enrique II viniera á las manos con los monjes de la poderosa abadía de Christchurch, electores de los arzobispos de Cantorbery.

Mientras tanto, el papa, la Iglesia y la opinión cristiana se declaraban con más fuerza que nunca contra esta guerra sacrílega. El legado Enrique de Albano fué substituído por un hombre enérgico, el cardenal Juan de Anagni. Desde luego obtuvo éste de los beligerantes la prolongación de la tregua de dos meses acordada en Bonmoulins. Recordó á Felipe y á Enrique que habían prometido en el momento de cruzarse remitir sus diferencias al arbitraje de cuatro arzobispos escogidos entre los de ambos reinos. Felipe y Ricardo consintieron, finalmente, en tener una entrevista con Enrique II sobre la frontera del Maine y del Perche.

Se reanuda la eterna discusión en Ferté-Bernard. Felipe vuelve á hablar del casamiento de Alix con Ricardo y de una garantía que debiera concederse al duque de Aquitania por su derecho de sucesión al trono. «Si parte Ricardo para Tierra Santa, será de toda justicia necesario que Juan *Sin Tierra* le acompañe.» Y Ricardo declaró que no se pondría en camino sin la compañía de su hermano. Estaba convencido de que su padre quería despojarle de sus derechos, invistiendo de ellos á su hermano menor. Y habiéndose negado Enrique á la partida de Juan *Sin Tierra*, se terminó la entrevista por un cambio mutuo de injurias. La paz y la participación de franceses é ingleses en la cruzada estaban más comprometidas que nunca; precisamente en el momento en que Barbarroja y los cruzados alemanes atravesaban la Hungría y se acercaban á las fronteras del imperio griego.

Antes de terminarse la entrevista, el legado Juan de

(1) FUENTES.—Además de las citadas, página 38, las *Epistole Cantuarienses* (edición Stubbs). *Chronicles and Memorials of the reign of Richard the first*, tomo I, 1864. Giraud de Barri, *De vita Galfridi Eboracensis archiepiscopi*, en el tomo IV de sus *Obras* (edición Brewer).

OBRAS DE CONSULTA.—A. Cartellieri, *Philipp II*, libro III (Felipe Augusto y Enrique de Inglaterra), 1899.

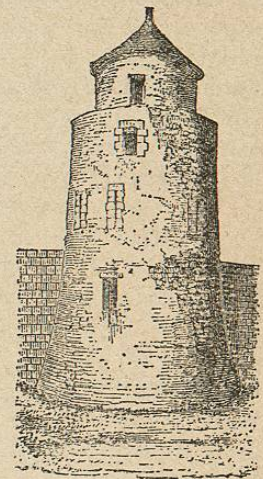
Anagni, volviéndose á Felipe Augusto, le había manifestado que si no se prestaba á un acomodo, pondría su reino en interdicto; pero los tiempos de Gregorio VII estaban ya lejanos. El rey de Francia respondióle que no temía el anatema y que no se sometería, siendo así que la Iglesia romana no tenía el derecho de proceder contra el reino de Francia, excomulgándole ó por cualquier otro modo, mientras no hiciera el rey otra cosa que castigar vasallos rebeldes ó vengar las injurias de su corona. «Por lo demás, añadió, se conoce de sobra que monseñor el cardenal ha olido las esterlinas del rey de Inglaterra.» El legado comprendió que aquel rey de veinticinco años no iba á ser tan fácilmente maleable como Luis VII.

Tras el coloquio de Ferté-Bernard, sale Felipe Augusto de Nogent-le-Rotrou, é invade el Maine. Se apodera de Ferté-Bernard, de Malétable, de Ballón, Montfort-le-Rotrou y todas las plazas fuertes que cubrían el Mans (4 á 11 de junio de 1189). Este movimiento determina la rota de los señores de Mayenne, Laval y Fougères. Durante este tiempo permanecía Enrique II en el Mans, sin moverse. En vano sus amigos y oficiales le aconsejaban que abandonara las provincias del Loira, ya invadidas por el enemigo, y se retirase á reorganizarse en Normandía, donde su dominación no había sufrido detrimento. El rey, abatido por la enfermedad y la tristeza, parecía dominado por la idea fija de no abandonar su país natal, la cuna de su raza. En el Mans había nacido y allí estaba enterrado su padre Godofredo *el Hermoso*. Había prometido no dejar á los burgueses de esa villa y mantuvo su palabra.

Mientras tanto se acercaban los franceses. El 12 de junio, Felipe y Ricardo aparecían bajo los muros que se proponían tomar por asalto. Enrique mandó prender fuego á los fosos y amontonó sus tropas

1189 detrás de las murallas. Pero como el viento cambiara de dirección, las llamas rebasaron los muros y se derramaron por la ciudad. Un cuerpo de ejército, encargado por Enrique de defender el puente del Sarthe, fué deshecho. Cogido entre el enemigo que había forzado la entrada de la ciudad y el incendio que ganaba terreno, Enrique se puso en fuga con su bastardo el canciller Godofredo y setecientos caballeros suyos. Felipe y Ricardo, después de aprovecharse de la comida preparada para el viejo rey, le dieron caza por espacio de tres millas. En una reyerta de retaguardia, Guillermo *el Mariscal*, uno de los fieles á Enrique, había vuelto grupas y hubiera podido apoderarse de Ricardo; pero se contentó con matarle su caballo para impedirle la persecución. Corrió Enrique veinte millas sin desmontar y alcanzó el castillo de Fresnaye.

El 13 de junio por la mañana, en lugar de seguir el consejo que se le daba, llegándose á Alençon y la Normandía, lo que tal vez le habría salvado, se dirigió so-



Torre del castillo de Fougères

bre Angers, y de allí sobre Chinón. Felipe Augusto sometió entonces todo el país comprendido entre Mans y Tours; del 15 al 30 de junio entró en los castillos de Montdoubleau, de Troo, de Roches, de Montoire y de Château-du-Loire. Llegado sobre el Loira al límite de los condados de Tours y Blois, atraviesa el río y lo desciende, tomando en su camino Chaumont, Amboise y Rochecorbón. El 30 se hallaba á vista de Tours y preparándose á comenzar el asalto. El mismo día se vió Enrique II atacado de la fiebre. Incapaz aun de la huida, abandonado de casi todos los barones, estaba á la merced de sus enemigos.

El 2 de julio el conde de Blois, el duque de Borgoña, el arzobispo de Reims y el conde de Flandes se presentaron á Enrique II en Saumur. Proponíanle que interviniera á su favor con Felipe y Ricardo. Tal vez esta intervención había sido provocada por el propio Plantagenet. Tal vez respondió á iniciativa de los propios barones atemorizados del éxito de su joven soberano. En todo caso, no se doblegó Felipe á la tentativa. Exigió que el rey de Inglaterra se le entregara á discreción: Enrique quiso salvar las apariencias. Se comprometía á firmar un tratado en que se le permitiera esta reserva: «salvo nuestro honor, la integridad y la dignidad de nuestra corona.» Felipe se negó.

Cuando los franceses hubieron tomado por asalto la villa y el castillo de Tours, comprendió Enrique que la resistencia era imposible. El 4 de julio, aunque sufriendo mucho por su fistula y debilitado por la fiebre, montó á caballo y sale en busca del rey de Francia en Colombiers, cerca de Villandri, entre Azai-le-Rideau y Tours. El cielo, completamente azul, brillaba con la magnificencia de un día despejado. Súbitamente estalla un trueno. Ambos soberanos retroceden, estupefactos al principio, como si el rayo hubiera caído entre ellos dos; luego vuelven á caminar el uno para el otro: segundo trueno. El rey de Inglaterra hubiera caído del caballo, de no auxiliarle sus barones. Escucha entonces la lectura del tratado de paz y declara aceptar las cláusulas. Pide únicamente que se le haga conocer la lista de señores que le han abandonado. Consiente Felipe, venturoso de poder mostrar á su enemigo que le han vuelto la espalda casi todos. Había sido estipulado que Enrique daría á su hijo el ósculo de paz: Enrique abraza á Ricardo por consiguiente, pero éste le oye murmurar al retirarse: «Espero que Dios no me dejará morir antes de vengarme de tí como mereces.» Ricardo repitió la frase á Felipe Augusto y los franceses, que rieron grandemente. Así es el relato de los cronistas ingleses Roger de Howden y Giraud de Barri.

Es más sencilla, y más verdadera acaso, la narración de Guillermo *el Mariscal*.

Avisado de sus barones, acudió Enrique puntualmente al lugar de la cita. Descendió en casa de los templarios y aguardó al rey de Francia. Pero atacóle allí con tal ímpetu su propia enfermedad, que apenas si podía soportarla. Viósele de pronto apoyarse en el muro y llamar al Mariscal: «Mariscal, le dijo, bueno y dulce señor, contaros quiero lo que me sucede. Acaba de fijármese un dolor cruel en los talones, que se me extiende luego á los pies y á las piernas, y finalmente á todo el cuerpo. Sufro como nunca había sufrido...» Afigióse en extremo el Mariscal de ver á su soberano en

tal estado; era el dolor de Enrique tan agudo que su semblante mudaba á cada momento de color. El Mariscal dijo al rey: «Sire, os pido perdón, pero os ruego que reposéis unos instantes.» Y lo arrojaron y tendieron en un lecho.

Mientras tanto había llegado el rey de Francia. Y preguntó: «¿Qué le pasa al rey de Inglaterra? ¿Acudirá á la cita?» Se le respondió que ya había acudido; pero que, habiendo caído enfermo á punto de alterársele el corazón y de no poderse mantener en pie ni sentar, se había visto obligado á guardar cama. Nada le compadeció el conde Ricardo y aun aseguró al rey Felipe que esta enfermedad era un fingimiento. Entonces los amigos del rey de Inglaterra le exhortaron por carta y de viva voz á presentarse á la cita, costara lo que costara. A instancias de ellos, Enrique hizo nuevos esfuerzos y dijo al Mariscal: «Mariscal, cueste lo que cueste, voy á concederles una gran parte de lo que me piden, á fin de regresar libre y salvo; pero en verdad os lo digo, si me es dado vivir todavía algún tiempo, no me cansaré de guerrear hasta haber reconquistado todas mis tierras.»

Halláronse, pues, frente á frente los dos reyes: todos los altos barones que le rodearon comprendieron bien, por el semblante de Enrique, que había sufrido un gran dolor. El propio rey de Francia, conociéndolo, le dijo: «Sire, bien sabemos que no os podéis tener derecho,» y pidió una silla para él. Pero Enrique se negó á sentarse, diciendo que solamente quería escuchar lo que exigían de él y saber por qué se le despojaba así de sus dominios. «Ignoro, añade el poeta, las palabras que se cambiaron, pero aconteció de modo que al partir convinieron tregua y se separaron. Y no volvieron á verse más. Ignoro cuáles fueron las condiciones de paz. Acordaron los reyes comunicarse en secreto la lista de los que les eran adictos.»

Por la capitulación de Azai, Enrique II, «obligado á someterse al consejo y á la voluntad del rey de Francia,» manifiesta que ratifica la rendición de antes. Debía rendirle homenaje de todos sus feudos del continente y reconocer á la par la sumisión de la parte francesa del Imperio angevino á la monarquía de los Capetos. Pagaba á su enemigo una contribución de guerra, le cedía los territorios de Graçai y de Issoudún y renunciaba á la soberanía del condado de Auvernia. Ricardo lograba que su prometida, Alix de Francia, escapara á la vigilancia de Enrique II y fuera confiada á más seguras manos. Los barones de la Francia angevina y de Inglaterra habían de prestarle juramento de fidelidad como heredero manifiesto de la corona inglesa. Finalmente, los reyes juraron que la marcha á la cruzada tendría lugar á mediados de Cuaresma en el año 1190 y que por esta fecha se reunirían en Vezelai.

No se mentaba el nombre de Juan *Sin Tierra* en el tratado. La omisión era singular: Enrique II debía conocerlo pronto. Vuelto á Azai, Enrique envía á Tours, donde se hallaba el rey de Francia, á Roger Malchael, el oficial que guardaba su sello, para buscar la lista de los que le habían hecho traición. «Cuando volvió Roger á la presencia de su dueño, ordenóle éste que le dijera en secreto quiénes eran los que habían convenido alianza con los enemigos por cartas selladas. El oficial respondió suspirando: «Sire, que el Señor me ampare, pero el primer nombre escrito es el del conde

Juan, vuestro hijo.» Cuando supo el rey que el primero en hacerle traición era aquel de sus hijos á quien más fervientemente quería, nada respondió, si no fueron estas palabras: «Bastante habéis dicho.» Y se volvió á su lecho, tembloroso el cuerpo, revuelta la sangre y alte-

le atormentaban. Repentinamente Enrique abre los ojos. Contempla á Godofredo y le bendice: «Hijo mío, le dice, mi muy querido hijo, tú por lo menos me has demostrado siempre la fidelidad y el reconocimiento que deben los hijos á sus padres. Si Dios me otorga la



El rey Enrique II de Inglaterra († 1189) y su esposa Leonor de Guiana († 1204). Monumento sepulcral de los reyes ingleses: convento de Fontevrault, fundado en el departamento francés del Maine y Loira en 1094

rado el rostro, alternativamente negro, rojo y blanco lívido. Fué tan grande su dolor, que á consecuencia de él perdió la memoria: no oía, ni veía nada. Minóle hasta tres días semejante sufrimiento: hablaba y ninguno podía comprender lo que decía.»

Hízose trasladar desde Azai á Chinón (5 de julio). Pasó el día apoyado en el hombro de su bastardo Godofredo, mientras uno de sus caballeros le aguantaba los pies sobre sus rodillas. El enfermo parecía soñar. Godofredo, inclinándose á su padre, espantaba las moscas que

gracia de curarme de esta enfermedad, haré de tí el más grande y poderoso entre los grandes. Pero si muero sin recompensarte, pido á Dios te haga merced de lo que mereces.» Rompió á llorar Godofredo y respondió que todo lo que pedía á Dios en sus plegarias era que devolviese á su padre la salud.

Al siguiente día (6 de julio) pidió Enrique que trasladaran su lecho á la capilla del castillo delante del altar; allí pudo todavía murmurar algunas palabras de confesión y comulgar; pero «la sangre se le cuajó en las

venas; la muerte le partió el corazón. Un coágulo de sangre le salió por las narices y la boca.» Expiró.

Los lacayos inmediatamente entraron á saco en la cámara real. «Cuando los ladrones hubieron cargado con sus telas, sus joyas y su dinero, hasta donde les era posible cargar, quedó el rey de Inglaterra desnudo como cuando vino al mundo, salvo sus bragas y su camisa.» Mientras tanto se divulgó la nueva de su muerte y acudieron los barones al castillo de su señor. Un tal Guillermo de Trihán le cubrió el cuerpo con su capa. El Mariscal manda llamar á los clérigos y el rey es trasladado al ataúd.

Al otro día (7 de julio) llevan los barones el muerto á la abadía de Fontevault. Al extremo del puente una turba de mendigos á quienes había atraído la muerte de un rey, pedían, según costumbre, la distribución de algunas limosnas. Y como las arcas estaban vacías, aquellos miserables en número de cuatro mil tuvieron que retirarse sin alcanzar nada. Los religiosos de Fontevault recibieron el cuerpo con todos los honores debidos á la majestad real.

Guillermo *el Mariscal* y los señores de su partido habían hecho saber á Ricardo, que permanecía en Tours con Felipe Augusto, que su padre había muerto y que su cuerpo descansaba en la grandiosa iglesia de Fontevault. Llegó el duque de Aquitania para asistir al sepelio. «Os aseguro, dice Guillermo *el Mariscal*, que en su continente no había apariencias de alegría ni de tristeza y que nadie os habría dicho, por ello solo, si había en él alegría ó afficción, abatimiento, enojo ó regocijo. Detúvose inmóvil un momento delante del cuerpo, después se acercó á la cabeza y permaneció allí pensativo sin decir bien ni mal. Llamó finalmente al Mariscal y á Mauricio de Craón; éstos y los demás señores vinieron á unírsele á los pies del ataúd, pero él les dijo: «Salid, vayamos afuera.» Y dijo particularmente al Mariscal: «Volveré mañana por la mañana. El rey, mi padre, será enterrado con todo honor y dignidad, como conviene á señor de tan alto rango.» Y al día siguiente por la mañana, cuando volvieron, depositaron al rey de Inglaterra muy honorablemente en tierra. Hicieronle el más solemne oficio que supieron, como convenía á un rey, según Dios y según la ley (1).»

#### IV.—Felipe Augusto y la tercera cruzada (2)

El 20 de julio de 1189 se hacía coronar Ricardo en Ruán como duque de Normandía y el 3 de septiembre en Londres como rey de Inglaterra. Todo el imperio anglo-francés pasó tranquilamente á sus manos. Quince días después de la muerte de Enrique II había ido á

(1) Agustín Thierry, en su *Histoire de la conquête de l'Angleterre par les Normands*, cuenta estos hechos de muy diferente modo. Forman una de las más animadas páginas de su libro; pero obtiene efectos pintorescos á despecho de la verdad histórica (como en tantas otras partes de su obra). Tuvo la desgracia de fiarse exclusivamente de Giraud de Barri, despreciando el testimonio de la crónica llamada de Peterborough y de Roger de Howden, que se acuerdan más con el relato del mariscal Guillermo, testigo ocular.

(2) FUENTES.—Además de las crónicas inglesas y francesas ya citadas: Ambroise, *L'Istoire de la guerre sainte* (historia en verso de la tercera cruzada, 1190-1192), publicada por Gastón París, en la «Collection des Documents inédits relatifs à l'histoire de

reunirse con Felipe Augusto en Gisors. Se había discutido á base del tratado de Azai. Después de haber recorrido como vencedor Anjou y Maine y la Turena, se veía obligado Felipe á abandonar su presa; tuvo que restituir Châteauroux, Tours y el Mans. Ni siquiera se le otorgaba la posesión de Vexin y de Gisors. Todas sus conquistas le valieron únicamente un pequeño rincón del Berri, Issoudún y Graçai.

Volvía á encontrarse con un rey de Inglaterra tan poderoso, más joven, más enérgico y tal vez más ambicioso que Enrique. Ricardo poseía el atrevimiento, el exterior brillante y la generosidad espléndida que faltaron á su padre. Célebre ya en todo el mundo feudal por sus talentos de caballero y trovador, tenía como táctico militar infinita más valía que Enrique II. Es erróneo imaginárselo como un sencillo batallador, orgulloso de su ardimiento y de sus músculos. Calculaba y preveía menos que Felipe Augusto, es cierto; pero era muy capaz de parlamentar, de tener ideas políticas propias y de seguirlas con obstinación. Comienza por reaccionar, hasta cierto punto, en contra de la política de Enrique II. Abre las prisiones; sacrifica al odio del pueblo dos antiguos ministros antipáticos, el justiciero Ranulfo de Glanville y el senescal de Tours, Esteban de Marzai. Durante las fiestas de la consagración, prodiga el oro, los banquetes y las ricas vestimentas: las 900.000 libras que encuentra en las arcas paternas desaparecen rápidamente. Para reponerlas, se ve obligado á cometer por otra parte exacciones que recuerdan las iniquidades del régimen precedente. Practica mientras tanto el perdón de las injurias. A los ingleses que permanecieron fieles á su padre trata con una benevolencia particular; Godofredo, su hermano natural, recibe de él el arzobispado de York que Enrique le destinaba; el propio Juan *Sin Tierra* es bien acogido de Ricardo, que le otorga villas, condados y castillos. Guillermo *el Mariscal* y su familia quedan encargados de distribuir bienes y honores. Por lo contrario, á los franceses del Maine y de Anjou, que le habían ayudado contra Enrique II, despoja de los feudos que les había otorgado, como duque de Aquitania, durante el decurso de la guerra, diciendo «que no amaba á los traidores y que los vasallos infieles á su soberano no merecen otra recompensa.» Todos admiraban esta grandeza de alma.

Ya que Ricardo trataba tan mal á los enemigos de su padre, ¿cómo iba á conducirse con Felipe? Afortunadamente los dos reyes pensaban en muy otras cosas que en renovar las viejas querellas. Ya gran número de barones de ambos reinos estaban en camino para Tierra Santa, y otros habían desembarcado y hecho número en el gran ejército cristiano que sitiaba San Juan de Acre. Barbaroja y los alemanes peleaban en el Asia Menor: Felipe y Ricardo no podían abste- 1190 narse de hacerlo sin deshonorarse. El 30 de diciembre de 1189 y el 13 de enero del siguiente año, en dos nue-

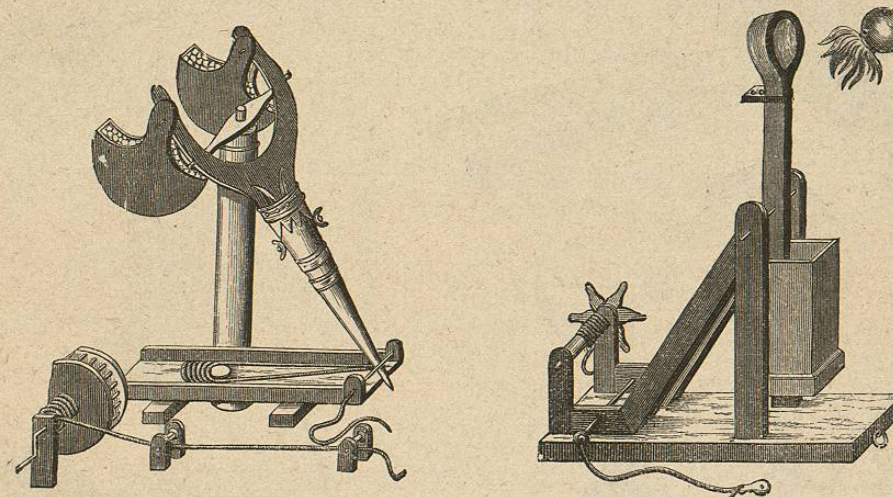
France,» 1897. El *Itinerarium peregrinorum et Gesta regis Ricardi*, edición Stubbs, 1895.

OBRAS DE CONSULTA.—Rœhrich, *Die Rüstungen des Abendlandes zum dritten grossen Kreuzzuge*, en la *Historische Zeitschrift* de Sybel, tomo XXXIV, 1875. El mismo, *Beiträge zur Geschichte der Kreuzzügen, Die Kampfe Saladins mit den Christen*, 1137-1188, 1874 (tomo I). El mismo, *Die Belagerung Akkas*, 1876. El mismo, *Geschichte des Königreichs Jerusalem*, 1898.

vas entrevistas, renovaron sus votos, confirmaron la paz y tomaron de común acuerdo medidas hábiles á impedir que los vasallos de ambos reinos se hicieran la guerra durante la ausencia de los reyes: «Haremos juntos, dijeron, el viaje á Jerusalén bajo los auspicios del Señor. Cada uno de entre los dos promete al otro guardarle buena fe y buena amistad: yo Felipe, rey de Francia, á Ricardo, rey de Inglaterra, como á un amigo fiel; yo Ricardo, rey de Inglaterra, á Felipe, rey de Francia, como á mi señor y á mi amigo.»

Algunos acontecimientos retardaron la cruzada: la muerte de Elisabeth de Hainaut, mujer de Felipe Augusto, y la de Guillermo *el Bueno*, rey de las dos Sici-

cialmente un monje de Grandmont, hermano de Bernardo del Coudrai; un alto funcionario, Pedro el Mariscal; un caballero, Guillermo de Garlande, y un clérigo de capilla, Adam. Estos hombres de confianza deberán ayudar y acaso vigilar á los regentes. Felipe confía su tesoro á los templarios, y las llaves se remiten, no á los regentes, sino á Pedro el Mariscal y á seis notables de París. Estos burgueses guardan igualmente el sello real. Los regentes no tendrán el derecho de detener impuestos. Felipe prohíbe que se impongan *tallas* en su ausencia, y previendo el caso de morir en Tierra Santa, veda al pueblo la sumisión á imposiciones extraordinarias hasta la mayor edad de su hijo.



Máquinas para disparar proyectiles y fuego griego

lias, cuñado de Ricardo *Corazón de León*. Se confiaba mucho, en Guillermo y en la Sicilia, donde tenían los dos reyes intención de detenerse y proveerse de vituallas. La partida se aplazó, pues, por un nuevo acuerdo común hasta el 24 de julio, último día para la concentración de fuerzas cristianas en Vezelai. Felipe Augusto escribía por entonces á Ricardo: «Sabe ya vuestra amistad que ardemos en deseos de socorrer á Jerusalén y que hacemos los más ardientes votos por servir en ella á Dios;» pero, en realidad, emprendía la cruzada á disgusto. Era el hombre de la política práctica y lucrativa, no de las aventuras caballerescas.

Antes de abandonar París, y en previsión de los desórdenes posibles, hizo comenzar las obras de la muralla continua, á la par que dispone análogos trabajos en las ciudades importantes del dominio. Redacta además el famoso documento el Testamento de 1190, por el que se organiza el Gobierno de Francia durante la cruzada.

Habiendo muerto la madre del heredero real, se le devolvía legalmente la regencia á la reina viuda, Adela de Champaña. La tradición ordenaba que se le adjuntara el tío del rey, arzobispo de Reims. Los dos regentes de derecho eran precisamente aquellos de quienes Felipe había rechazado la tutela desde los comienzos de su reinado: por lo mismo parece en su testamento haber tomado todas las medidas posibles para impedir que abusaran del poder. No son los únicos investidos de autoridad: el rey les señala como auxiliares «los que estarán presentes en palacio,» ciertos personajes del consejo privado, clérigos, caballeros y burgueses, espe-

La reina y el arzobispo tendrán todos los trimestres en París un parlamento para acoger las quejas de los súbditos reales y los relatos ó noticias de los bailios. Felipe quiere que se le dé cuenta, tres veces al año, de la conducta de estos funcionarios. Los regentes no podrán destituirlos por su propia autoridad sino en caso de culpabilidad notoria, por hechos graves que pidan una represión inmediata, asesinato, rapto, incendio, traición. Fuera de esto, les será necesario comunicarse con el rey ausente; también establece Felipe Augusto que los bailios no puedan revocar á los prebostes sin consultarle. Finalmente, una vez cada año, la reina y el arzobispo le dirigirán una especie de noticia general sobre la marcha del reino. Cada línea del Testamento manifiesta en su autor el empeño decidido de continuar, hasta donde le sea dado, administrando la Francia desde el fondo del Oriente.

Felipe tomó además las medidas de devoción que se imponían á los cruzados. Exigiendo el cuidado de su alma que se asegurara la benevolencia y los cuidados de la Iglesia, su cancillería expidió, durante los meses de abril, mayo y junio de 1190, considerable número de cartas de protección ó donación otorgadas á capítulos y abadías. El 24 de junio se presentó en Saint-Denis, para recibir, según uso, el bordón y la escarcela. Se le bendijo con las preciosas reliquias que los monjes poseían. Para ganarse la protección del Santo, le hizo presente de soberbias capas de seda y de dos grandes banderas adornadas de cruces y de franjas de oro. Y así podía ponerse en camino.